

El sentimiento de abandono en los textos de Violeta Parra y Gabriela Mistral

SUSANA MULNICH*

Antes de ocuparme del tema específico de este trabajo, creo que es conveniente proponer rápidamente un marco provisional de referencia. La provisionalidad viene de que el contexto político e ideológico está recién siendo objeto de una atención teórica que, si bien es muy profusa, no por eso es menos precaria. Dentro de este contexto, creo que vale decir algunas cosas. Es la primera que me cuento entre los que esperan una reformulación viable del pensamiento de izquierda. Lo creo necesario, incluso para la mantención de un orden social no conflictivo y al mismo tiempo democrático y pluralista.

Con ese deseo en mente es que baso las proposiciones que siguen en una categoría que veo aparecer con creciente frecuencia en textos del desarrollo y también nuestros. Me refiero a la categoría pobreza/riqueza. Entre nosotros, la proponen mayormente los antropólogos, historiadores y sociólogos (Sonia Montecinos, Gabriel Salazar, María Angélica Illanes, Vicente Espinoza y otros). Entre los desarrollados, baste citar al más conocido de los críticos del actual orden mundial, Noam Chomsky, también a James Petras, a Jean Claude Passeron y a Norberto Bobbio.

*SUSANA MULNICH: Profesora del Centro de Estudios Humanísticos. Universidad de Chile. Ensayista.

A mayor abundamiento, me complace repetir la reflexión que unos treinta años atrás hacía Oscar Lewis, sobre el sorprendente desconocimiento de la realidad de los pobres en regiones como las nuestras, donde componen un enorme segmento de la población¹.

En este trabajo examinaremos un aspecto aparentemente muy insignificante, pero que consideramos central a la temática mistraliana y parriana: el sentimiento de abandono que exteriorizan las hablantes femeninas de los poemas de estas dos creadoras chilenas. La crítica literaria ha notado la importancia de este sentimiento de abandono, y ha ofrecido modelos explicativos, que utilizan datos biográficos. Por ejemplo, se ha dicho que tanto Gabriela Mistral como Violeta Parra dijeron lo que dijeron del amor porque fueron en lo personal frustradas en ese aspecto. Yo creo que habría que invertir los términos de ese razonamiento y decir que por haber tenido la convicción de ser voceras del pueblo, estas dos poetisas renunciaron a una relación romántica estable y tradicional.

Nuestro examen del tema del abandono va más allá del campo del amor. Tiene que ver con la manera en que ambas, cada una a su manera, viven la femineidad, con la visión que tienen del mundo latinoamericano, con su condición de mujeres campesinas pobres. Pensamos que el discurso de estas hablantes sobre el amor se comprende mal si no se le vincula a la situación

¹“Para entender la cultura de los pobres es necesario vivir con ellos, aprender su lengua y costumbres e identificarse con sus problemas y aspiraciones. El antropólogo especializado en los métodos de observación directa y de participación está bien preparado para este trabajo, ya sea en su propio país o en el extranjero. Desgraciadamente en muchas de las naciones subdesarrolladas la élite nativa educada posee por lo común un escaso conocimiento directo de la cultura de sus propios pobres ya que la naturaleza jerárquica de su sociedad inhibe la comunicación entre una y otra clase. En México, por ejemplo, prácticamente nada se conoce que sea de naturaleza científica acerca de la vida familiar de la clase baja. En uno de los escasos estudios recientemente publicados sobre la familia mexicana (Bermúdez, 1955) la autora tuvo que confiarse completamente a los datos de las novelas. Pero, sin querer minimizar el discernimiento de los novelistas, han sido muy pocas las novelas contemporáneas buenas que traten de las clases bajas de los países subdesarrollados”.

Lewis, Oscar, *Antropología de la pobreza*, México: Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 17.

Temo que esta reflexión de Lewis se aplique enteramente a nuestra comunidad chilena de hoy. Estadísticas confiables aseguran que los éxitos de la política económica actual no han hecho que disminuya la distancia entre pobres y ricos. Creo, además, que el desconocimiento que los intelectuales tenemos de la pobreza es tan importante como el que señalaba Lewis por los años 60.

Me apresuro a reconocer que mi conocimiento de la pobreza chilena no es científico, en el sentido de Lewis. Creo que el pensamiento filosófico apoyado en la semiótica puede obtener visiones válidas para el pensamiento de nuestra realidad.

cultural que lo condiciona y en especial a la realidad socioeconómica chilena. No cabe duda de que el temor femenino al abandono es, en abstracto, un rasgo psicológico de muchas mujeres en cualquier cultura, y sabemos que la psicología ofrece modelos explicativos de gran interés para este sentimiento. Pero nosotros aquí queremos encontrar y señalar aquellas características propias de la cultura chilena que condicionan los sentimientos de estas dos mujeres y que las determinan a conducirse simbólicamente respecto del abandono como ellas lo hacen en sus textos.

Es triste constatar que la obra de estas dos grandes poetisas chilenas no ocupa hoy el lugar que ocupó alguna vez en la conciencia cultural chilena. Es verdad que por lo menos la poesía y los escritos en prosa de Gabriela Mistral son objeto de interés y de respeto académicos. Por cierto que los profesores de literatura se ocupan, y hasta profusamente, de sus textos. No pasa lo mismo con el público lector en general. Encuestas conducidas por personas de la Universidad de Chile prueban que pocos chilenos no especialistas leen hoy a Gabriela Mistral. Distinto es el caso de Violeta Parra. Ella suscita escaso interés académico. Es sumamente difícil obtener financiamiento de investigación para ocuparse de sus textos. En cuanto a su música, por años se la ha podido oír solamente a través de las radios que transmiten para públicos nostálgicos.

Esta situación nos parece culturalmente muy triste. Los textos de estas dos mujeres son potencialmente una fuente riquísima de información acerca de la realidad chilena y latinoamericana. Si no la utilizamos, será porque algo muy grave está ocurriendo con nuestro autorrespeto. Tenemos conciencia de que esta situación cultural no es privativa de los chilenos o los latinoamericanos. De Inglaterra a España, de Japón a la ex Unión Soviética la crisis cultural es semejante.

Añoramos los tiempos, no tan lejanos, en que Violeta Parra, montada en un caballo, recorría los pueblitos perdidos del sur de Chile, tratando de salvar con su grabadora las canciones de la tradición oral. Los tiempos en que Gabriela Mistral repetía que ella era esencialmente una campesina chilena pobre. Y añoramos en especial los tiempos en que ambas eran comprendidas por el público lector chileno y mundial. Tiempos en que Gabriela Mistral obtuvo el Premio Nobel y nadie en el mundo culto ignoraba quién era Violeta Parra. Recordemos "Gracias a la vida".

Actualmente, en Chile estamos viviendo uno de nuestros peores momentos de dependencia cultural. Las radios transmiten en su gran mayoría

música en inglés; por la televisión sólo vemos películas norteamericanas, y nuestras valoraciones e intereses han comenzado a verse, por fuera, iguales a los de cualquier estadounidense típico. Uno de estos intereses que hemos llegado a compartir con los norteamericanos es el consumo.

Los estudios sociológicos de García Canclini revelan que el consumo es uno de los sitios en que los conflictos de clases –originados por la desigual participación en los procesos productivos– se continúan a propósito de la apropiación y distribución de los bienes. Consumir es participar en un espacio en que se disputa lo que una sociedad produce, y el acceso a ciertos bienes o la imposibilidad de adquirirlos diferencia a los miembros de una sociedad. Todos los que integran una comunidad conocen los sentidos de los bienes que ella produce² y saben diferenciar entre un producto u otro. No da lo mismo vestir un jeans Levi's que uno de marca desconocida, o escuchar rock que música folklórica. El chileno vincula a la segunda con los desposeídos, lo que ciertamente no la vuelve ni atractiva ni meritoria.

Mareados por una balanza económica favorable, los chilenos de hoy no podemos apreciar una música que valora al pobre y lo hace visible. En este contexto es comprensible que la música de Violeta Parra no encuentre eco en la población chilena. Puede decirse que todo lo que escribió está traspasado de amor por el pobre y preocupación por el pobre. Semejante es lo que ocurre con Gabriela Mistral. Una de las presencias más notorias en sus textos es la pobreza. La familia pobre, la mujer popular abandonada a la miseria, el niño desamparado, son temas frecuentes de su poesía. Y no sólo están presentes objetivamente, sino que la poeta se identifica con estos pobres.

Los textos que utilizaremos para nuestro examen son las *Décimas* de Violeta Parra y las *Obras Completas* de Gabriela Mistral. Las *Décimas* es el relato autobiográfico que hace una mujer chilena de clase media baja, en que describe su infancia, la relación que hubo entre ella, sus padres y hermanos, sus primeras incursiones en el campo del folklore, el nacimiento de su

²Cito el texto de Canclini:

“Un coche importado o una computadora con nuevas funciones distingue a sus escasos poseedores en la medida en que quienes no acceden a ellos conocen su significado sociocultural. A la inversa, una artesanía o una fiesta indígena –cuyo sentido mítico es propiedad de la etnia que la generó– se vuelven elementos de distinción o discriminación en tanto otros sectores de la misma sociedad se interesan en ellas y entienden en alguna manera su significado”.

García Canclini, Néstor, *Consumidores y ciudadanos*, México: Grijalbo, 1995, pág. 45.

vocación, su vida rural y amor por la naturaleza, el trabajo campesino, etc. Es un texto muy simple, pero invaluable para quien quiera entender las valoraciones de una mujer chilena pobre³.

Lo primero que nota el estudioso de esta autobiografía es que la hablante femenina exhibe una valoración resueltamente positiva de la figura materna y una afectividad ambigua respecto de la paterna. La madre es siempre la mujer buena, dulce, generosa, que se sacrifica por sus hijos, que renuncia a la felicidad personal por el bienestar de su prole. Esta mujer permanece hasta altas horas de la noche lavando la ropa de la familia, realizando labores de costura para ganarse unos pocos pesos. El padre, por el contrario, presenta una siquis defectuosa. Es vividor, alcohólico y adora las comilonas, las fiestas, lo que en Chile llamamos un poco despreciativamente “pasarle bien”. Sus habilidades musicales, su brillante interpretación en la guitarra lo convierten en la estrella de las fiestas. Exonerado de su trabajo de profesor primario por sus ideas políticas socialistas, una vez cesante, en vez de luchar por mantener a flote a la familia, se desmorona y entrega a la bebida. La hablante lo describe desconsolado, deambulando por la pequeña vivienda, tirándose el cabello, maldiciendo al presidente de turno. No se sobrepone, como la madre, en los momentos de gran dificultad. El propio padre de este padre, el abuelo de la hablante, interviene. Pretende hacer que el alcohólico vea su degradación, le señala sus obligaciones paternas. No lo consigue. Al revés, el alcohólico exige que se le entregue su herencia de inmediato, sin esperar la muerte del abuelo, y logra su objetivo. Recibe varias hectáreas que en las *Décimas* de la hija aparecen como una imagen del Paraíso, en su doble sentido: es un lugar maravilloso, pero precario, lo pierden muy pronto. Por la incuria y los vicios del padre, la familia es expulsada de este lugar de dicha y abundancia. Terminan en un “ranchito”. Lo peor de todo es que el padre, a quien la hablante describe como un “enfermo imperioso”, “pobre curao”, ni siquiera se da cuenta de lo que perdió e hizo perder a su familia. Digamos nosotros que la historia de este pobre hombre es la historia de muchos chilenos pobres, y termina como solían terminar las de sus congéneres antes de los antibióticos. Enferma de tuberculosis, por entonces enfermedad mortal.

³La “yo” de las *Décimas* es antes de nada, pobre. Creemos que no pertenece, empero, a la clase obrera. Su padre es profesor y su abuelo es presentado como un hombre rico.

Lo que al lector le extraña de esta descripción es que la hija no tenga un juicio definido sobre este padre deficiente y lamentable. Su discurso es ambiguo. No termina de condenarlo ni termina de aceptarlo. De primera, ciertamente lo condena, porque lo entiende culpable del sufrimiento de su familia. Pero luego, el padre enferma y desde ese momento aparece en el discurso un temple afectuoso y perdonador. A pesar de considerarlo un hombre de escasa fortaleza y voluntad, mal padre, porque no consigue hacer lo que todo buen padre debe: mantener a sus hijos y proteger a la madre, ella lo entiende y lo perdona. La hija entiende que su padre ha sido empujado a la situación en que se encuentra por las vicisitudes del poder político en Chile. Visto así, él no es culpable de ser alcohólico, tampoco de haber sido exonerado. La condena moral que correspondió al padre en el discurso de su hija cuando era un borracho en buena salud, se convierte en disculpa política cuando contrae una tuberculosis. Esta evolución del código moral al código político de los pobres es perfectamente comprensible para la mentalidad nuestra. Corresponde a los estereotipos populares femeninos. Una mujer popular no puede condenar moralmente a un enfermo.

Sin embargo, hay relaciones menos afectuosas o menos disculpables en las *Décimas*. La que el lector recuerda con más repulsión es la del padre borracho con la madre de la hablante. Esta mala relación permanente tiene una culminación de vileza inolvidable. En una de las *Décimas*, se relata cómo se consumó la pérdida del Paraíso familiar. El padre, en repetidas ocasiones, en la serie de sus borracheras, ha firmado documentos fraudulentos que equivalen al valor de ese pobre Paraíso. Cuando el acreedor se presenta en casa del padre para hacer efectivos los documentos, la madre quiere expulsarlo. Y entonces, el culpable del expolio, en lugar de defender el hogar de su familia, por puro machismo, por mostrar que él manda en su casa, hace causa común con el acreedor, manda callar a su mujer, y deja que se consume el despojo.

Superficialmente, parece no existir correspondencia entre esta visión que la hablante de las *Décimas* tiene de la relación entre su padre y su madre, y la que tiene de las relaciones amorosas. La constante en sus canciones es la enamorada entregada, dulce, generosa y fiel, a quien el varón mediante reprobables tretas enamora, y luego abandona. Sin embargo, los casos son casi iguales. El varón enamorado es por lo general inconstante, promete lo que no puede cumplir. En suma, son tan infiables el uno como el otro. Preocupado solamente de su propio placer, recurre a la mujer cada vez que

siente necesidad de ella, y no tiene problema en dejarla cuando la relación lo hastía. Pobres mujeres enamoradas –parecen decir los textos de Violeta Parra–, no tienen donde estar. Los hombres actúan como gavilanes, arrancan el corazón de sus víctimas y las abandonan después que ellas lo han dado todo.

Como dijimos en un comienzo, los poemas de Gabriela Mistral describen al hombre y a la mujer de manera muy semejante a los de Violeta Parra. En los textos de ambas el hombre aparece desvalorizado, y la razón de esta negativización es su debilidad. Por lo general, de la mujer se predicán virtudes afirmativas, que la hacen un personaje firme, fuerte, corajudo, valiente, atrevido. Temo que los escritos de estas mujeres ponen de manifiesto lo que casi todo el mundo en mi país dice de la mujer y del varón chilenos: que el hombre es aniñado, “amamado”, “apollerado”, dependiente de la mujer hasta extremos increíbles, y que la mujer, en cambio, es dominante, voluntariosa, fuerte, controladora, etc. Pensamos que este discurso sobre los géneros, tan ajeno al modelo tradicional, tiene por condición el subdesarrollo de nuestro país y la pobreza de las clases populares⁴. Pero antes de entrar en la discusión de este tema queremos examinar lo que Gabriela Mistral piensa de la relación familiar, del amor y del abandono.

Estos textos de amor no siguen los estereotipos medio masivos de la literatura amorosa tal como ella aparece en las películas actuales, en la gran mayoría de las canciones y en las novelas y cuentos de consumo popular. La hablante de los poemas mistralianos está persuadida de que el amor romántico nunca es pleno⁵. El discurso prevalente promete la felicidad

⁴Los estudios de tres chilenos, los de Sonia Montecinos (*Madres y huachos*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1991), Gabriel Salazar (“Ser niño huacho en la historia de Chile” en *Revista Proposiciones, Chile historia y bajo pueblo*, Santiago de Chile, Ediciones Sur, N° 19) y Jorge Guzmán (“Por hambre de su carne” en *Diferencias Latinoamericanas*, Santiago de Chile, Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos, 1984) entregan un material muy valioso sobre este mismo problema.

⁵El examen que he hecho de los textos poéticos de Gabriela Mistral revela que en la relación madre-hija es posible el amor pleno. “Madre mía” es un poema de amor filial, que tiene por matriz la palabra amor, y cuyo modelo es la unión mística. En este poema, en que la hablante se relaciona amorosamente con su madre muerta, la unión filial es perfecta, gozosa y total. No hay la misma plenitud en “La fuga”, poema en que una hablante desesperada descubre las asperezas que presenta la relación madre-hija.

amorosa y no le preocupan las objetividades que controlan las relaciones amorosas populares entre nosotros.

Iniciaremos nuestro examen de los textos de Gabriela Mistral con el poema "Balada", en que la hablante se queja porque su enamorado ama a otra. La última estrofa dice "él irá con otra por la eternidad". Este verso se puede entender de dos maneras: 1) que el amor del varón por otra mujer es tan grande y perfecto como para amarla para siempre, o 2) que cualquiera sea el varón que la hablante ame siempre amará a otra. Yo prefiero leerlo de la segunda manera, porque hace mayor sentido con el resto de los poemas de amor de Gabriela Mistral. Entonces, la primera imposibilidad del amor es la no reciprocidad. La conclusión que cualquiera derivaría de esta situación frustrada es: mejor renuncio al amor. Pero, la hablante antes de suprimir de sí misma toda ilusión amorosa, visualiza la posibilidad de ser correspondida. En "La desvelada" se imagina a sí misma siendo amada. ¿Sería entonces feliz? La respuesta es sorprendente. No, no lo sería. Viviría atemorizada pensando que el enamorado tarde o temprano la abandonaría. De manera casi neurótica lo interrogaría continuamente: "¿Estás conmigo aún?" "¿No te has ido?" Incluso en los sueños la turbaría el pensamiento de ser abandonada.

Su temor del abandono alcanza por momentos extremos increíbles. En "Que no crezca" el desarrollo del hijo se le aparece a la hablante como una amenaza de abandono. Y su respuesta a ese miedo es terrible: llega a desear que su hijo se petrifique para que no se marche de su lado. En cuanto crezca, la gente (mocetones y mujeres seductoras) lo invitarán a que se marche con ellos. La obsesión es tal, que abarca a todo lo viviente. Nada que se mueva da confianza, como ejemplifican las ovejas y los cabritos que crecen, maduran, abandonan y mueren. Se puede, en cambio, tener confianza en lo pétreo. Las piedras permanecen siempre iguales, y por eso se puede confiar en ellas. La hablante en un raptó de desesperación invoca a Dios para que detenga el crecimiento de su hijo. Si no crece, será como las piedras, no se moverá, ni siquiera morirá.

Sobrecoge también la segunda parte del "Poema del hijo". En la primera, recuerda los tiempos en que deseó tenerle un hijo al hombre que amaba. No lo tuvo, porque él murió. En la segunda parte del mismo poema, la hablante imagina lo que habría pasado si hubiese tenido el hijo que no llegó a tener. Supone que habría heredado del padre la misma vocación de infidelidad y alejamiento: "Sólo por ser tuyo me hubiese abandonado". Fue, entonces, un

acontecimiento feliz la muerte del amado: impidió su descendencia. La hablante se complace pensando en su vientre estéril, que no engendró hijo alguno. De esta manera, la desgracia de su madre, cuyo rostro va por el mundo “trocado en miserere”, no se repetirá en ella misma.

En “Dios lo quiere”, la sujeto del poema le advierte a su enamorado lo que les sucederá a ambos si él la abandona. La última estrofa del poema es desgarradora:

“Si te vas y mueres lejos
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra
para recibir mis lágrimas
sintiendo como te tiemblan
las carnes atribuladas
¡Hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!”

En el conjunto de los poemas de la Mistral el primer verso se oye como si el acto de abandonar estuviese ligado a la muerte del abandonador. La hablante imagina muerto al amante infiel, lamentando ver el dolor que ha producido en la mujer que abandonó. El difunto ahuecará su mano para recibir las lágrimas de la abandonada, que caerán ininterrumpidamente durante diez años.

En “La abandonada” la hablante describe el estado de nadificación en que ha quedado después de la huida del amado. “¿Para qué trajiste tesoros si el olvido no acarrearías?; Todo me sobra y yo me sobro como traje de fiesta para fiesta no habida”. No hubo la fiesta que le prometía el discurso romántico sobre el amor. Se decide a desaprender el amor que tuvo por el amado. Tendrá que aprender un nuevo lenguaje, en que se incorporarán tres palabras que antes no fueron suyas. Una es “expolio”, que significa ser despojada de algo con violencia o con grave injusticia. Otra es “nada” que es el estado opuesto de la plenitud que vivió mientras estaba enamorada. La última es “postrimerías”, que habla de finales y de la inminencia de la muerte. Este lenguaje nuevo es muy diferente del que aprendió con su nodriza, que le enseñó el cuidado, la protección, la confianza materna.

En “La mujer fuerte”, la hablante recuerda el rostro tostado de una campesina, que trabaja esforzadamente en los trigales bajo el sol quemante

del verano. Mientras ella trabaja, el varón que la hizo madre se emborracha. La oposición es clara, por un lado la mujer trabajando para ganarse el pan con el sudor de su frente (trabajo que en la Biblia está reservado para los varones) y por otro lado el varón bebiendo en la taberna. La sujeto del poema dice que cuando niña no comprendió lo que entiende ahora: que esa mujer campesina sufre mientras trabaja el campo. El recuerdo del momento en que fue engendrado su hijo le duele ahora como “una quemadura”.

En los poemas de la Mistral, lo normal en los hombres es que sean trasgresores, que se aprovechen de las mujeres para luego abandonarlas. En el poema “Confesión” la hablante anima a un pecador a que confiese la culpa. Le muestra las conveniencias de confesarse con ella, que es una mujer muy vieja que sabrá escucharlo sin asombro y sin cólera. Al confesar su culpa, el varón culpable se sentirá ligero y podrá mirar sin vergüenza a su hijo a la cara. A los treinta años cumplidos, este hijo suyo vendrá a él, y confesará también su propia culpa, que es la misma del padre.

Tenemos, pues, una situación asombrosa en los poemas de amor de la Mistral. Cantan una mujer presa del más vivo resentimiento amoroso. Y sin embargo, un componente destacado de la figura de esta misma mujer es su tendencia a perdonar al varón culpable de su dolor. En el poema “El ruego” la hablante implora a Dios que perdone al enamorado que la ha hecho sufrir. Dice que ella permanecerá la vida entera con la cara sobre el polvo, si Dios no perdona al infiel.

Los poemas aquí citados son sólo algunos de los muchos en que la hablante mistraliana manifiesta absoluta desconfianza respecto de la posibilidad de una plenitud en el amor. Resumamos entonces las razones fundamentales para esta desconfianza:

- 1) El varón siempre amará a otra.
- 2) Si la enamorada consiguiera el milagro de ser amada, sufriría infinitos desvelos imaginando que algún día su enamorado la abandonará.
- 3) Si ella se entregara a la relación amorosa, él le haría un hijo, y este varón heredaría del padre la tendencia a la traición.
- 4) Después de haber sido abandonada, la sujeto de los poemas quedaría presa del recuerdo del amado, y sufriría el resto de la vida.
- 5) Fuera de sufrir los dolores y ansiedades propios del abandono, tendría que hacerse cargo del cuidado y la mantención de los hijos, lo que le produciría nuevos sufrimientos.

No estamos en condiciones de ofrecer ahora un modelo explicativo para las extrañezas que presentan estos poemas de amor, feminidad, paternidad, muerte, abandono, sufrimiento femenino y masculino. Las consideraciones que estamos presentando aquí son parte de la elaboración de ese modelo teórico.

Sin embargo, algo se avisa desde las consideraciones que acabamos de presentar. Proponemos que hay mucho de muy raro en estos textos. Mucho que contradice el discurso habitual correspondiente al modelo de los géneros y a los modelos que dependen de aquél (amor, padre, madre, familia, trabajo, mujer, hombre). No es común este padre debilitado y casi repulsivo. No es común que el amado haga esa figura de traición e infidelidad. No es común la ambigüedad de las hablantes de nuestros textos cuando hablan de ese padre y de ese enamorado. No es común que la mujer y la madre aparezcan como los centros del sentido y que sean a la vez víctimas del padre y sostenedoras del hogar.

Proponemos que lo mucho de muy raro que se encuentra en estos textos debe tener que ver con un componente de nuestra cultura que recién en las últimas décadas empieza a aparecer a la conciencia teórica nuestra. Durante todo el siglo XIX y buena parte del XX, la cultura popular ha estado reprimida por el discurso dominante. Nuestras dos poetas crean una hablante que pertenece a la cultura popular y lo dicen con orgullo.

Lo reprimido de esa cultura es casi todo. Y la forma concreta de la represión ha sido la condena moral, legal y religiosa de sus características. La conducta amorosa popular se entiende como irresponsable, hedonista, incluso brutal. La conducta popular económica, contractual, laboral, civil, se entiende como necesitada de castigo (los azotes eran punición frecuente para las “clases bajas” durante el s. XIX). La religiosidad festiva popular fue objeto de represión eclesiástica decidida, se suprimieron durante largo tiempo las fiestas religiosas de la Virgen y de algunos santos por ser ocasión de graves desvergüenzas.

Eso ha ocasionado que lo propio de nuestras clases populares aparezca como inmoral, delictivo o atentatorio contra la religión, es decir, propiamente no aparece. Y ha determinado, al mismo tiempo, que el discurso académico se haya alejado de la tradición escrita y oral popular al ocuparse de textos chilenos “importantes”.

Es concebible que por el camino del examen de los textos de grandes poetas de origen popular, como Violeta Parra o Gabriela Mistral y de

vincular ese examen con la historia de la cultura popular nuestra, se puedan conseguir dos objetivos que creemos altamente deseables: Uno, que sea posible leer grandes textos nuestros (Mistral, Parra) en toda su plenitud significativa, lo cual incluye su elemento popular. Dos, que se ilumine la cultura popular hasta ahora reprimida y se la pueda elevar a la condición de objeto de estudio serio y respetuoso.

La historia de la cultura popular no es dulce ni suele contentar nuestro deseo de belleza clásica y de verdad bella de ver. Tiene que ver con realidades duras. Quizás por eso la hemos reprimido. Que se haga visible para la reflexión y la estimación estética nuestra sería un motivo más para venerar a nuestras grandes poetas.